

La libertad de enseñar y la enseñanza de la libertad

Por *Luis M. Seligman*
Buenos Aires

* Comunicación presentada al *Congreso Internacional de Enseñanza Media*, celebrado en Córdoba del 6 al 13 de Julio del presente año.

Existen dos conceptos fundamentales acerca de los cuales circulan errores o incertidumbres, a pesar de ser manejados en un campo superior: el campo de la política y el de la vida intelectual. Estos conceptos son el que se refiere a la libertad y el que se refiere a la estructura del Estado.

En cuanto a la idea de libertad, ella vive en el ejercicio cotidiano, y sobre la misma no resulta indispensable muchas aclaraciones. Pero no solamente existe una idea de la libertad sino también un ejercicio de la libertad; y en ese ejercicio una conquista o una pérdida de la libertad. Es en este punto, en la lucha por conquistar en todos y cada uno de los momentos de nuestra vida más o mejor libertad, que interviene de manera decisiva la actitud asumida en el problema de la enseñanza. Porque sólo se ha prometido la libertad, a aquellos que aman y posean la Verdad. Pero no la verdad a secas, no la verdad estrictamente lógica, porque no está reservada al ser humano la total y simultánea posesión de esa verdad. La promesa está hecha a una acti-

tud humana, la "veracidad", o sea nuestra sinceridad humilde hacia la verdad ligada vitalmente a su fuente última, a Alguien cuya presencia significa la Verdad viviente, la Vida verdadera y el Camino de la liberación.

Dicho de otra manera: la verdad que nos hace libres, no consiste en la verdad lógica, la verdad puramente inteligible y aparentemente impersonal y objetiva. Porque esa verdad es inteligible, y con ella saboreamos cierto dominio utilitario sobre las cosas que nos rodean. Pero la inteligencia humana no es libre, sino que lo es la persona humana, y por eso sólo la verdad personal conviene al camino de la libertad. Esa verdad personal, la veracidad íntima que hace fecundo el proceso creador de la inteligencia, adquirida al terrible precio de la humildad, resulta condición ineludible para que las cosas halladas fuera de nosotros puedan ser conocidas tal como realmente son, y no bajo la caricatura deformante con que las miserias humanas intentan disfrazarlas.

En cambio, la verdad impersonal, hija

rebelde del temor humano, del interés o del resentimiento, se halla condenada a una comunicación esclava: al ser recibida como "algo que se dice", sin poder consolidarse en el testimonio personal que la haga digna de confianza, nos impide lograr hasta el dominio de nosotros mismos en la paternidad de nuestros propios conocimientos. Es natural: podemos juzgar cosas, sucesos; pero certificar testimonios sólo por la persona. Podemos ser esclavos de los juicios de nuestro entendimiento: pero ser libres sólo los hombres que aman y esperan y sólo aquel que espera conoce realmente. Podemos ahogarnos en un río de palabras sin sentido, pero hacer fecundo el simbolismo de la palabra humana, sólo lo puede la persona que la esgrima como espada de su espíritu en la comunicación de alma a alma, nunca en la cita impersonal de frases sueltas e intencionadamente huecas.

El reino de la verdad donde aspiremos a pleno pulmón la libertad, es una conquista personal; y si tolera verdades impersonales en un plano parcial, funcional, separado aparentemente de la rectitud espiritual que supone toda verdad humana, es porque ese reino está dividido, destinado por tanto a perecer, y en su naufragio a arrastrar hasta abismos de iniquidad la libertad que le era inherente. Toda verdad dividida contra sí misma perecerá, y con ella toda libertad que busque su amparo. Pero aquí surge una duda: si resulta violento a la naturaleza humana destruir la identidad entre sí misma y la expresión objetivada de sus pensamientos, ¿quién ha introducido esa poderosa cuña entre lo personal y lo impersonal, lo subjetivo y lo objetivo, la inteligencia y la vida, las palabras y el hombre que las prefiere, como símbolos de su íntima vida espiritual?

Aquí aparece, con débiles perfiles al principio, la figura del Estado moderno. La idea vulgar acerca del Estado es con-

fusa, equívoca. Se confunde al Estado con el gobierno, o el Estado sociedad vive nutriéndose del equívoco que lo sostiene mezclando su estructura artificial con el natural sentimiento de patria. Pero si por una parte resulta fácil, confundir la persona del gobernante con la estructura jurídica, burocrática, de la maquinaria estatal, cuya moderna hipertrofia progresa de tal manera hacia lo impersonal del funcionario, que obliga a esa máquina sin vida a reclamar del derecho "personalidad jurídica"; por otra parte la burocracia estatal sólo resulta en definitiva una mano larga, dura, insensible, seca, de quien detenta el poder. Ello aparece de manera precisa en el pretexto de la llamada "organización escolar". El mito organizador ha ido ya demasiado lejos, más allá de la coordinación de funciones humanas que se halla reservada a la autoridad, llegando hoy hasta el dictado absoluto de las veleidades personales del gobernante, mal disimuladas en la "razón de Estado". Hemos olvidado, sumergidos en el mar impersonal del estatismo moderno, masificados por una igualdad mal entendida, esa exigencia fundamental para la vida humana: no dividir la persona, no dividir la verdad, no dividir la libertad. Donde la vida comunitaria es fuente inagotable de fecundidad recíproca cuando se alimenta de la infinita variedad de matices de lo personal, la masificación estatista sacrifica al dios impersonal Estado las necesarias diferencias que hacen amena la insípida aridez de una abstracta naturaleza humana. Donde el Estado-función ostenta su inhumana frialdad, y hasta sus razonamientos infrahumanos o estadísticos, la persona humana se abnega, se somete humildemente, para conquistar su libertad a la amorosa presencia de Alguien que no posee razones, que no estrecha caminos, que no aborta por la uniformidad la riqueza extensa y profunda de la vida.

Esta diferencia se proyecta a toda actividad en que se contraponen la tendencia estatista y la tendencia personal: sobre todo en la actividad libre de enseñar.

Para el Estado la libertad es reclamo inoportuno de súbditos indóciles, sucedáneo intolerable de la implacable "razón de estado". Para el hombre la libertad es fuente de "misericordia y esperanza, y ella vivifica haciéndolo meritorio el acto de servir a otro; porque la obediencia libre, expresamente fundada en el amor hacia Aquel que perpetuamente golpea el corazón humano mendigándole la única actitud que puede hacer fecundas sus decisiones, dignifica siempre; la sumisión irresponsable a las órdenes impersonales degrada la obra humana.

Para el Estado la transmisión del saber intelectual parece oficio pedestre: si no se concurre a servirla, la función docente admite fácil reemplazo por quien "marca el mismo paso". Para un hombre, la inteligencia es redimida, en el discípulo, por el amor del maestro.

En el Estado la verdad es "algo que se enseña", quizás un chisme o un rumor, pero siempre una "cosa" que no podemos saber por nosotros mismos, ni podemos expresar con un sincero espíritu crítico, sino que debemos afirmar como sabido bajo el amparo de un lúgubre anonimato. Para un hombre, lejos y por encima de los "manuales", la verdad es la inquietante presencia de alguien cuyo aliento es aún cálido y empaña las palabras y los gestos, pero Alguien que también vivifica a quien enseña humildemente, y así da por su testimonio vida y sentido a sus palabras.

En el Estado, el dolor de dar a luz en otra inteligencia constituye una cifra para las estadísticas, en todo caso una barrera social apta para el desprecio por un lado o el sentimiento por otro, sobre todo cuando ese dolor se opone a que mi-

llones de seres humanos mueran en las guerras —atómicas o psicológicas— queridas por la insensible "razón de Estado". En un hombre el dolor se encarna y se espiritualiza, y asumido dentro de la historia humana por Dios hecho Hombre, por Jesús el Cristo, llega a ser fuente infinita de gracias y aún prenda de eterna felicidad.

El Estado en función docente vigila para que todos repitan las "cosas que se saben", sacrificando toda la riqueza que el estilo humano da al saber, limitándose a la inhumanidad de la técnica pura, o en el mejor de los casos a la fría objetividad científica, considerando a la formación de la sensibilidad y la exquisitez del pensamiento como una especie de lujo espiritual sujeto al castigo impositivo, o cuando menos un asunto estrictamente personal que nada tiene que ver con el conocimiento científico. Al carácter anónimo de la ciencia actual, el Estado añade dos graves errores: la presuposición falsa de principios que no se discuten en las ciencias aisladas, y la progresiva subdivisión y con ella la barbarie del especialismo, de las disciplinas científicas. Resulta incomprensible cómo un Estado que niega en su positivismo científico la posibilidad de conocer en sí misma la realidad como intento insensato, pueda hablar de la obligatoriedad de los "hechos positivos". Si la ciencia que se enseña no es humana, será extrahumana, y entonces jamás podrá servir de base para la educación, porque solo transitará superficialmente por las ambiciones humanas de saber, pero no será absorbida vitalmente por el hombre. Si la ciencia objetiva y la técnica tienen un fin en sí mismas, absolutamente ajeno al fin humano, entonces nuestras vidas deberán ser esclavas de la ciencia y de la técnica, sujetas a esa nueva idolatría o barbarie, la idolatría de la máquina y del laboratorio. Pero un ser humano exige, para comunicarse con otro

ser humano, que se transmitan los modos del saber, el "cómo saber" las cosas", el profundo discernimiento de los espíritus, el llegar a saber personalmente por el manejo individualísimo de la ciencia y la técnica como medios, la actitud decisiva de amar antes la sinceridad, profunda del alma o el intenso comercio, espiritual establecido a través del penoso esfuerzo de nuestra tradición intelectual impresa más que en el papel en la estirpe, espiritual de hombres, familias y pueblos, lejos ya del burdo chismerío de lo que "dicen que se sabe".

El Estado se estanca en las organizaciones que custodian "lo que se sabe", correctamente fichado y arbitrariamente definido. Pero todavía los seres humanos progresan merced a "alguien que sabe" y en casos de audaces anticipos científicos, en "Cómo sabe el loco ese".

El Estado halla cómodo simplificar la enseñanza mediante una vasta pedagogía que con múltiples subdivisiones distribuye entre las indefensas mentes infantiles las artificiosas simplificaciones de la verdad, las "frases hechas", fáciles de someter a exámenes y controles rigurosos, mensuales o semanales si es posible. Pero el ser humano siempre padece el dolor de lo concreto, que sólo se nos abre en su complejidad por el amable trato de la sencillez natural, conocida otrora como sentido común.

Así el "examen de conocimientos" llega a ser el "prejuicio solemne" del Estado docente, o cuando más la trágica farsa de su realidad cotidiana. En cambio para los seres humanos, que comprenden el consejo de no juzgar para no ser juzgados, sólo la madurez, la capacidad para saber por sí mismos es el fruto que permite promoverse sin remordimientos ante el examen de la vida.

No extraña de este modo que el estatismo se refugie en sus organizaciones escolares, y pretextando una división del

trabajo y la moderna subdivisión de las ciencias en una verdadera barbarie del especialismo aislado: "divide y dominarás", piensa el gobernante. El humanismo, en cambio, se juega con éxito compartiendo libre y generosamente el saber agrisulce de la verdad personal, en cierto modo intransferible, pero siempre obediente a la ley fundamental de la verdad: la unitotalidad. Donde el estatismo fabrica malos mecánicos en serie para el manipuleo inconsciente de una técnica fría e inerte y una conciencia extra humana, el humanismo engendra de sus doloridas entrañas artífices para el saber.

Lo demás es natural consecuencia pedagógica de dos actitudes contrapuestas: el modo impersonal del Estado impone tesis que, como la seca hojarasca otoñal, cubren de un manto incoloro y desteñido la realidad viviente; el modo personal de la pedagogía humana siempre aventura hipótesis riesgosas para espiar la realidad, pero se recrea fecundamente por ese injerto vivo entre el hombre y su mundo personal.

Donde el Estado logró modificar desde fuera hasta el extremo de hacer funcionar automáticamente colosales maquinizaciones de multitudes humanas; allí mismo el hombre sigue enriqueciendo la comunidad desde adentro, cuanto más diferenciado en sus talentos mejor, uniéndose "en espíritu y en verdad" a otros seres humanos, engendrando esa "alma mater" en quien se nutre el más alto saber de los pueblos cultos. Pero también la masificación estatista, cuyo "centro" de instrucción semejan campos gigantescos de concentración de quienes inútilmente reclaman ser iluminados por la verdad, concluye estallando en pedazos cuando, en su materialidad rígida, se quiebra la nave estatal, y sus despojos no valen ni un plato de lentejas. En cambio la sinceridad personal, clama por el Espíritu, que viviendo "todo en todos", haga via-

ble la única convivencia realmente humana.

Es que donde el estatismo escolar impersonal, nuestro, impera, sólo abunda la esclavitud humana. Pero los hombres libres se hacen en la escuela libre, en el múltiple y generoso diálogo de las verdades personales, Verdades que crecen en el hombre —y con ellas crece la li-

bertad— en tres grandes direcciones: hacia el pasado, afirmándonos en las responsabilidades personales de la historia individual; hacia el futuro, abriendo horizontes sociales por la firme fidelidad a las promesas; en el presente intensificando por la sinceridad la posesión de ese paso individualísimo, pero cierto y sin pausa, del hombre libre hacia Dios.

“La Enseñanza Media Problema Argentino”

Lea Vd. el próximo número de la REVISTA ESTUDIOS, que estará especialmente dedicado al Congreso Internacional de Enseñanza Media.



Con artículos de: *Juan P. Ramos*

Bernardo A. Houssay

Telésforo Sosa y otros...



Reserve su Ejemplar